

Ojos azul de mar

Soy la nieta mas pequeña de una familia de 15 nietos. Crecí en una generación de celulares, hornos de microondas y las video llamadas como un hecho a punto de suceder.

Pero también crecí, con un suceso que marco mi vida, la oportunidad de conocer a mi abuelo.

Mis papas estaban recién casados, cuando algo empezó a andar muy mal en la salud de mi abuelo. El Doctor dio su diagnostico; hemocromatosis, un padecimiento en el cual el hierro no es procesado correctamente en el organismo y provoca el deterioro del hígado. Era el mes de Julio de 1991, el doctor fue muy tajante, necesita un trasplante. Con este hígado no podrá sobrevivir.

Mi abuelo, hombre fuerte y decidido, acepto el reto, someterse a un trasplante de hígado en Estados Unidos.

Aun en México, la practica de esta cirugia no era común y mucho menos la donación de órganos.

Así fue como la familia despidió al abuelo, llenos de esperanza de que esta prueba fuera superada. No tenia fecha de regreso, y menos aun, sabía el tiempo que tomaría, en aparecer un donador que fuera compatible en la lista de espera.

Afortunadamente, al mes llegó la tan anhelada llamada, había un hígado disponible, mi abuelo estaba listo y preparado para ir a quirófano. La larga espera, la incertidumbre estaba por llegar a su fin. A pesar de la compatibilidad, el doctor diagnosticó que el órgano no estaba en buenas condiciones. En pocos minutos las esperanzas se habían desvanecido.

Llego la segunda llamada, era el 5 de Septiembre, esta vez, el hígado cumplía con las condiciones.

Realizaron la operación que como todas, no ofrecía ninguna garantía, de que mi abuelo sobreviviría. Pero lo logró, con muchos cuidados. Para ese entonces yo aún no había llegado a este mundo.

Mi abuelo regreso a México, con un pronóstico reservado, empezó poco a poco a hacer y llevar una vida normal. Unos meses después de su regreso nacieron mis hermanos, gozando de la oportunidad de conocerlo, disfrutar de su compañía y su forma inigualable de mover las orejas.

Y después nació yo, y me conoció, y lo conocí, ese abuelo con grandes ojos color de mar, que me dejaba compartir con él su sillón favorito, con su voz paciente y su gran cariño.

Hoy me siento bendecida, y profundamente agradecida hacia un ser humano que de manera desinteresada y noble decidió donar sus órganos al morir. Sin saberlo cambió mi vida y la de todos los que sentimos cariño por mi abuelo.

Gracias por permitirme, conocer a mi abuelo. Gracias también por hacerme un mejor ser humano, por ayudarme a concientizarme, de que aún después de muertos, podemos hacerle un regalo de inigualable valor a otro ser humano.

Los órganos que para nosotros ya no son de utilidad, significan un regalo de vida para otros, no hay dolor, solamente voluntad. La voluntad de manifestar nuestro deseo de donar nuestros órganos al morir, ofreciéndoles la oportunidad a otros, de escribir historias que quedarían sin escribir sin nuestra ayuda.

En ocasiones pienso en las personas enfermas y sus familias, que cada día se van a dormir con la esperanza de amanecer y encontrar un órgano que les permita seguir vivos!

Y quisiera decirles que si, que es una realidad y que es una posibilidad alcanzable, que si mi abuelo pudo, todos pueden.

Mi abuelo falleció en el año 2000, me hubiera gustado tenerlo conmigo más tiempo, sin embargo, siempre valoraré el tiempo regalado por ese donador anónimo que lo hizo posible.

Colibrí